

Curso de Mariología

Sesión II

Hablemos un poco de la devoción a María.

La devoción es un acto vital, es la adhesión a los aspectos formales y sobre todo espirituales del culto. Los actos devocionales son el modo cómo le expresamos a Dios nuestra adoración y a la Virgen y los santos nuestra veneración. Son las procesiones, el rezo del Rosario, los himnos y sobre todo la más importante que es la Santa Misa, en fin, todo el riquísimo acervo de nuestros devocionarios.

Para una auténtica devoción es necesario un conocimiento, aunque no sea científico de la persona de la cual somos devotos.

Hay gente de poca cultura pero que por la fe *sabe* quién es la Virgen María, que es la Madre de Jesucristo nuestro Redentor y que intercede por nosotros, por eso le rinde actos de devoción.

Normalmente primero se sabe algo de María y se lo demuestra en el culto, pero después se quiere saber más de quien despertó amor y veneración, como el caso de ustedes. Entonces se hace conveniente el *estudio* de María, o sea la Mariología.

Por esto es importante encarar bien la verdadera devoción, para después hacer la Mariología.

San Luis María Grignion de Montfort fue quien mejor habló de la verdadera y de la falsa devoción. En los capítulos II y III de su *Tratado de la Verdadera Devoción a María* (lectura predilecta del Papa Juan Pablo II muy recomendable para una visión completa de quién es María) desenmascara a los falsos devotos y explica bien quienes son los verdaderos.

Dice que el demonio falsea la devoción a María porque ésta después de la de la Eucaristía es la más valiosa. Por eso la falsa devoción puede ser hipócrita, interesada, presuntuosa, crítica, inconstante, escrupulosa, mientras que la verdadera es interior, tierna, santa, constante y desinteresada.

Así vemos que un buen devoto quiere estudiar a María, y un buen mariólogo desea darle un verdadero culto, ser devoto de ella.

El rol de la teología es grande por una parte, porque nos quiere introducir en el misterio de Cristo, pero por otra parte es modesto, puede sólo *explicar*, o sea “mostrar los pliegues” de ese misterio. Debemos hacerla por mandato del mismo Señor que nos dice: “adorad a

Cristo en vuestro corazón y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que la pidiera” (1Pe 3,15).

Nuestra vida cristiana llama la atención, debemos *dar razones*, o sea explicaciones -a quien nos la pida- de aquello que creemos, aunque no por eso el misterio dejará de ser inagotable.

El problema de presumir creyéndose sabio reside en creer que los misterios son un poco como el de las novelas policiales, al final se sabe todo.

No es así, más nos acercamos a la Revelación, más vemos cuan insondable es lo que revela, el misterio de Cristo nos trasciende, puede llegar el momento en que no encontremos palabras para expresarlo, pero debemos intentar aunque de modo imperfecto explicarlo.

Si con la devoción se ama a Dios con “todo el corazón”, con la teología se lo ama con “toda la mente”. Si este curso resulta fatigoso ¡mejor!, así se lo ama con “todas las fuerzas” (cf Dt 6,5)

Antes de entrar de lleno en la Mariología dogmática, hablemos un poco de la Virgen María como mujer.

Se les ha adjuntado un audio donde se habla de las diferencias físicas que hay entre el varón y la mujer. Esas diferencias queridas por Dios son también psicológicas y espirituales, pues los dos sexos están llamados a complementarse. El relato de la creación en el libro del Génesis tiene la clave de la misión de la mujer. Hecha como “ayuda adecuada” del varón, no tanto para hacerle la comida o remendarle los calcetines sino *para llevarlo a Dios*.

Aquella Eva que no quiso ser transparencia de Dios sino ser Dios mismo, traicionó su misión pecando y tentando a Adán. Éste, en vez de redimirla, pecó con ella. Es con Adán que cayó la humanidad entera.

Fue necesario que viniera *otra* mujer a cumplir la misión de dar a Dios. Después de siglos se supo que “el nombre de la Virgen era María”. Ella restauró con su humildad y obediencia lo que había destruido Eva con su soberbia y desobediencia, y nos dio al mismo Dios hecho hombre en sus purísimas entrañas.

Gracias a ella tenemos a Jesucristo, nuevo Adán que hace lo que no hizo el viejo Adán: salvar a su Esposa la Iglesia y devolverla a Dios Padre.

En los próximos audios veremos mejor cómo lo que hizo María es lo que todas las mujeres debemos hacer: que entre Cristo en el mundo. Para eso tenemos el cuerpo y la psicología adecuada. Si lo logramos no sólo llenaremos el mundo de luz y calor sino que nosotras mismas seremos muy amadas, estaremos dando el bien más alto.

No seremos sacerdotes sino la *madre del sacerdote* (tema poco tratado en teología), como María Santísima. Nuestro regazo alcanzará una dimensión insospechada, podremos repetir

el milagro de Belén, donde la Virgen Madre hizo de una cueva de animales un hogar tan lleno de ternura que los ángeles anunciaron a los pastores “una gran alegría”.